

CAPITULO IV.

DE LA FORMA DE LA PREDICACION Y CÓMO SE HA DE PREDICAR.

Aqui es donde mas deseo que se me crea, porque no sigo la opinion comun, y sin embargo lo que yo digo es la verdad misma.

De las cualidades de la accion. La forma, dice el filósofo Aristóteles, da el ser y el alma á la cosa. Diganse maravillas; pero no se digan bien, y no sirve de nada: dígase poco y bien, y es mucho. ¿Cómo pues se ha de proceder en la predicacion?

1.º Es menester abstenerse de los circunloquios y largos periodos de los pedantes, de sus ademanes, gestos y movimientos: todo esto es la peste de la predicacion. 2.º La accion debe ser libre, noble, generosa, natural, enérgica, santa, grave y algo pausada.

Mas ¿qué se ha de hacer para tenerla? Es menester hablar afectuosa y devotamente, simple y cándidamente y con confianza, y estar bien empapado en la doctrina que se enseña, y en lo que quiere persuadirse. El sumo artificio es no tener ninguno: es menester que nuestras palabras vayan inflamadas no por medio de gritos y acciones descomedidas, sino por el afecto interior, y que salgan del corazon mas que de la boca. Por mas que se diga, el corazon habla al corazon, y la lengua solamente á los oidos.

1.º Digo que la accion ha de ser libre en contraposicion de cierta accion forzada y estudiada de los pedantes.

2.º Digo noble en contraposicion de la accion rústica de algunos que acostumbran de dar puñadas,

meter ruido con los pies y dar con el vientre en el púlpito, gritando y prorumpiendo en extraños alaridos, las mas veces fuera de tiempo.

3.º Digo generosa contra los que emplean una accion tímida como si hablaran á sus padres y no á sus hijos y discípulos.

4.º Digo natural contra todo artificio y afectacion.

5.º Digo enérgica contra cierta accion de muerte afeminada y sin eficacia.

6.º Digo santa para excluir los cumplimientos mundanos, los discursos de ostentacion y todo lo que trasciende al espíritu del siglo.

7.º Digo grave contra algunos que hacen tantos saludos con el bonete y tantas reverencias al auditorio, y luego usan tantas charlatanerías enseñando las manos y la sobrepelliz y haciendo otros movimientos indecorosos.

8.º Digo un poco pausada para excluir cierta accion breve y rápida, que mas bien entretiene la vista que hiere el corazon.

Lo mismo digo del lenguaje, que debe ser claro, puro y sencillo sin ostentacion de voces griegas ni hebreas, nuevas ni afectadas.

El estilo debe ser natural, sin preámbulo ni afectacion, y apruebo que se diga primero en el punto primero, segundo en el segundo para que el pueblo vea el orden. Del estilo.

Me parece que los predicadores y sobre todo los obispos no deben usar de lisonja con los asistentes, si quiera fuesen reyes, príncipes y papas.

Hay ciertos rasgos propios para captarse la benevolencia, que pueden emplearse cuando habla uno por primera vez á su pueblo. Soy de parecer que se manifiesten deseos de su bien, que se empiece por saluciones y bendiciones y deseos de poder coadyuvar á su

salud espiritual: que se manifieste tambien amor á la patria; pero esto breve y cordialmente y sin palabras estudiadas.

Nuestros antiguos padres y todos los que han sacado fruto, se han abstenido de todo farrago, de toda erudición y sutilezas mundanas. Hablaban con el corazon al corazon, con el alma al alma, como los buenos padres á sus hijos (1).

Los títulos ordinarios con que se ha de apellidar al auditorio, debe ser *hermanos míos, pueblo mio* (si lo es del predicador), *mi amado pueblo, cristianos oyentes*.

El obispo debe dar al fin la bendición con el bonete puesto, y luego saludar al pueblo.

Se ha de acabar con expresiones cortas; mas animadas y vigorosas. Apruebo las mas veces la recapitulacion despues de la cual se dicen cuatro ó cinco palabras de fervor á manera de súplica ó deseo.

Es bueno tener ciertas exclamaciones familiares juiciosamente pronunciadas y empleadas, como ¡O Dios! ¡Buen Dios! ¡O bondad de nuestro Dios! ¡O mi Dios y señor! ¡O Dios mio!

Apruebo que la preparacion del sermon se haga por la noche, y que á la mañana medite uno para sí lo que quiere decir á los otros. La preparacion hecha delante del santísimo sacramento tiene mucha eficacia, dice el V. Fr. Luis de Granada, y lo creo.

Yo gusto de la predicacion que huele mas á amor del prójimo que á indignacion, aun cuando se predique contra los hugonotes, á quienes se debe tratar con gran compasion, no halagandolos, sino lamentando su suerte.

Siempre vale mas que el sermon sea corto que largo, en lo cual he faltado hasta ahora y quiero en-

(1) Vease el núm. 6 de la segunda parte.

mendarme, porque con tal que el sermon dure media hora basta (1).

No se ha de mostrar disgusto, si es posible, y menos enojo, como hice yo el dia de Nuestra Señora cuando tocaron la campanilla antes que acabase. Sin duda esta fue una falta con otras muchas.

No me gustan las chanzas ni los apodos, porque el púlpito no es lugar de eso.

Concluyo diciendo que la predicacion es la declaracion de la voluntad de Dios hecha á los hombres por el que es legitimamente enviado para enseñarlos y moverlos á servir á su divina magestad en este mundo para salvarse en el otro.

CONCLUSION DE LA CARTA.

¿Qué dirá V. S. I. de esto? Suplico que me perdone, he escrito *calamo currente* sin cuidado de escoger las expresiones y llevado del solo deseo de manifestar á V. S. I. cuán obediente le estoy. No he citado los autores que he alegado en ciertos lugares, porque hallandome en el campo no los tengo á mano. Me he alegado á mí mismo, porque V. S. I. quiere mi opinion y no la de los demas; y cuando yo practico una cosa, ¿por qué no he de decirla?

Antes de cerrar la carta debo conjurar á V. S. I. ^{Predicacion frecuente} que no la enseñe á nadie que me mire con ojos menos propicios que V. S. I., añadiendo mi humildísima súplica que no se deje V. S. I., llevar de ninguna especie de consideracion que le retraiga de predicar ó se lo haga diferir. Quanto mas antes empiece V. S. I., mas antes logrará su deseo: no hay otro medio que la frecuente predicacion para hacerse maestro. V. S. I.

(1) Vease el núm. 2, parte segunda.

puede y debe llegar á serlo. Su voz es adecuada, su doctrina suficiente, su continente decoroso, su clase muy ilustre en la iglesia: Dios lo quiere y los hombres lo esperan: esa es la gloria de Dios y la salvacion de V. S. I.: resolucion, ilustrisimo señor, y ánimo por el amor de Dios (1).

El cardenal Borromeo sin tener la décima parte de las dotes que V. S. I. tiene, predica, edifica y se santifica (2). Nosotros no debemos buscar nuestra honra, sino la de Dios; y dejemos obrar al Señor que él buscará la nuestra. Empiece V. S. I. una vez en las órdenes, otra en alguna comunión: diga cuatro palabras y luego ocho y luego doce hasta media hora: suba despues V. S. I. al púlpito: para el amor no hay nada imposible. Nuestro Señor no preguntó á S. Pedro para decirle *pascé oves meas*: ¿eres docto y elocuente? sino *amas me*? Basta amar bien para decir bien. S. Juan ya cercano al sepulcro no sabia mas que repetir cien veces en un cuarto de hora: Hijos míos, amaos unos á otros: y con esta provision subia á la cátedra (3); y nosotros tenemos escrúpulo de subir á ella si no llevamos flores de elocuencia. Deje V. S. I. hablar á los que aleguen la habilidad de su predecesor: alguna vez empezó como V. S. I.

Pero, Dios mio, ¿qué dirá V. S. I. de mí que tan simplemente me dejo ir con V. S. I.? El amor no puede callar cuando está interesado aquel á quien se ama. Yo he jurado fidelidad, y se sufre mucho de un servidor fiel y apasionado. ¿Va V. S. I. á su rebaño? ¡Ah! ¡que no me sea permitido acudir ahí á asistirle

(1) Vease núm. 14, parte segunda.

(2) Aquí se habla de Federico Borromeo, primo y sucesor de S. Carlos. Murió en 1631.

(3) Vease el núm. 15 de la segunda parte.

como tuve la honra de hacerlo en su primera misal. Acompañaré á V. S. I. con mis ruegos y deseos. Su pueblo le espera para ver á V. S. I. y ser visto y revisto de su pastor. Por el principio juzgarán de lo demas: empiece V. S. I. desde luego á hacer lo que debe hacer siempre.

¡Oh! ¡cuán edificados quedarán cuando vean á menudo á V. S. I. sacrificar en el altar por su salud, tratar de su edificacion con los párrocos, y anunciar en el púlpito la palabra de reconciliacion! Ilustrisimo señor, yo no he dejado jamas de encomendar á V. S. I. á nuestro Señor en el altar: dichosísimo yo si merezco que alguna vez me tenga V. S. I. en su memoria. Soy y seré toda mi vida de corazon y de alma &c.

Me he avergonzado al leer esta carta, y si fuera mas corta la volveria á hacer; pero tengo tanta confianza en la firmeza del cariño de V. S. I., que allá va tal cual es. Por amor de Dios ámeme siempre V. S. I., y tengame por tan servidor suyo como el que mas, porque lo soy.

N.º 2.

Fragmento de una carta de S. Francisco de Sales á un obispo electo: la fecha 5 de junio de 1605.

Debe V. formar una firme resolucion de predicar á su pueblo. El santo concilio de Trento despues de todos los antiguos determinó que el cargo primero y principal del obispo es predicar, y no debe distraerle á V. de él ninguna consideracion contraria. No predique V. por llegar á ser gran predicador, sino simplemente porque es deber de V. y Dios lo quiere: el sermón paternal de un obispo vale mas que todo el artificio de los sermones armoniosamente trabajados de otro predicador.

Un obispo necesita muy poco para predicar bien,

Predica-
cion fre-
cuente.

porque sus sermones no deben ser cosas curiosas y estudiadas, sino necesarias y útiles: sus palabras deben ser sencillas, no afectadas, su accion paternal y natural sin arte ni cuidado; y por breve que sea, por poco que diga, siempre es mucho. Veo que escribe V. tan bien por sus cartas, que por poca resolucion que tenga, hará V. buenos sermones; y sin embargo digo á V. que es menester tener mucha resolucion, y buena é invencible.

Leccion de las obras de Fray Luis de Granada.

Ruego á V. que tenga todas las obras de Fr. Luis de Granada, y que sean su segundo breviario. El cardenal Borromeo no tenia otra teología que esta para predicar, y sin embargo predicaba muy bien. Pero no es ese su principal uso, sino que formará su alma de V. en el amor de la verdadera devocion y en todos los ejercicios espirituales que V. necesita. Mi opinion es que empezase V. á leer por la Guia de pecadores, que pasase V. en seguida al Memorial y luego á las demas obras; pero para leerlas con fruto no se ha de proceder con precipitacion, sino pesar todo lo que dice, rumiarle capítulo por capítulo, y aplicarle al alma de V. juntando fervorosas oraciones á unas reflexiones profundas. Han de leerse con respeto y devocion como un libro que contiene las inspiraciones mas útiles que puede recibir el alma de arriba, y que es propísimo para reformar todas las potencias, purificarlas de todas sus malas inclinaciones, y convertir las á su verdadero fin por medio de grandes y firmes resoluciones.

Se aconseja la leccion de otros libros.

Despues de Fr. Luis de Granada le aconsejo á V. que lea á Estela, señaladamente de la vanidad del mundo y todas las obras del jesuita Francisco Arias. Las confesiones de S. Agustin le serán á V. sobremanera útiles. En el P. Bellentini, capuchino, hallará V. muchas consideraciones excelentes sobre los misterios de nues-

tra fé. Tambien podrá V. leer con fruto el P. Coster, jesuita, y sobre todo las cartas espirituales del V. Juan de Avila, donde encontrará V. muchas consideraciones buenas y provechosas para sí y para los demas. Tambien le recomiendo á V. las cartas de S. Gerónimo en su excelente latin; pero sobre todo no se le caigan de las manos el concilio de Trento y su catecismo.

N.º 3.

Extracto de una carta de S. Francisco de Sales á una monja que le habia manifestado por cuán feliz le tenia en anunciar la divina palabra.

Mi amada hija, la envidia que V. me tiene procede de que yo predico las alabanzas de Dios. ¡Oh! ¡qué gran contentamiento recibe algunas veces el corazon en publicar la bondad de aquel á quien se ama! Pero si V. desea predicar conmigo, le ruego que lo haga siempre, hija mia, pidiendo á Dios que me dé palabras segun su corazon y los deseos de V. ¡Cuántas veces sucede que decimos buenas cosas porque alguna buena alma nos las alcanza! ¿No predica esta entonces, y con la ventaja de que no sabiendo nada del bien que hace, no se envanece? Nosotros nos parecemos á los órganos: el que entona es en verdad el que lo hace todo, y no recibe ninguna alabanza. Ore V. pues á menudo por mí, hija mia, y predicará conmigo.

Influencia de la oracion en la predicacion.

N.º 4.

Carta al Ilmo. Sr. Camus, obispo de Belley, exhortandole á que no dejara la predicacion á pesar del poco fruto de sus sermones: su fecha á 7 de marzo de 1604.

Ilmo. Sr. = Me regocijo con el pueblo de V. S. I. que tiene la dicha de recibir de su boca las aguas saludables del Evangelio, y me regocijaria mucho mas si las recibiese con el afecto y reconocimiento debidos al trabajo que V. S. I. se toma de derramarlas tan abundantemente.

Pero, ilustrisimo señor, hay que sufrir mucho con los niños cuando son de menor edad; y aun cuando muerdan algunas veces el pecho que los cria, no por eso se les ha de quitar. Las cuatro palabras del gran apostol deben servirnos de epitema (1) para fortificar nuestro corazon: *opportunè, importunè, in omni patientiâ et doctrinâ*. Pone la paciencia la primera como la mas necesaria y sin la cual no sirve de nada la doctrina. Quiere que suframos el parecer importunos, supuesto que nos enseña á importunar, *importunè*. Continuemos cultivando, porque no hay terreno tan ingrato que el amor y perseverancia del labrador no fertilicen.

(1) El epitema es una especie de fomento espiritoso y un remedio externo que se aplica en las regiones del corazon y del hígado para fortificarlos ó corregir alguna intemperancia de humores.

N.º 5.

Extracto de la décima quinta plática de S. Francisco de Sales á las religiosas de la Visitacion.

Quisiera yo, mis amadas hijas, que honraseis mucho á los que os anuncian la divina palabra: ciertamente tenéis grande obligacion á hacerlo, porque son como unos mensageros celestiales que vienen de parte de Dios á enseñaros el camino de la salvacion. Como tales se los ha de considerar y no como simples hombres, porque aunque no hablen tan bien como los santos del cielo, no se ha de rebajar nada de la humildad y respeto con que debeis recibir la palabra de Dios, que siempre es la misma, tan pura, tan santa como si la anunciaran los ángeles.

Respeto á la palabra de Dios, aun cuando los que la anuncian no brillen por sus dotes.

Yo observo que cuando escribo á una persona en mal papel, y por consiguiente con mala letra, me da las gracias con tanto afecto como cuando le escribo en el mejor papel y con una bonita letra. Y ¿por qué es esto? Porque no repara en el papel, ni en la letra, sino solamente en mí que se lo escribo. Lo mismo se ha de hacer con respecto á la palabra de Dios, y no mirar quién es el que nos la anuncia: debe bastarnos que Dios se vale de aquel predicador para enseñarla; y una vez que vemos que Dios le honra hasta el punto de hablar por su boca, ¿cómo podríamos nosotros dejar de honrarle y de respetar su persona?

N.º 6.

Extracto del tratado del amor de Dios por S. Francisco de Sales, lib. XI, cap. 45 y 46, sobre el modo cómo deben los predicadores subir y bajar la escala de Jacob.

De los siete dones del Espíritu Santo.

La caridad es para los predicadores otra escala de Jacob (1), compuesta de los siete dones del Espíritu Santo como otros tantos escalones por los cuales suben desde la tierra al cielo estos hombres sagrados para unirse con el corazón encendido del Dios omnipotente, y bajan del cielo á la tierra para coger de la mano al prójimo y guiarle al cielo. En efecto subiendo el primer escalón el temor los hace abandonar el mal: en el segundo la piedad los excita á querer hacer el bien: en el tercero la ciencia los hace conocer el bien que hay que practicar y el mal que hay que huir: en el cuarto por la fortaleza cobran ánimo para vencer todas las dificultades que hay en su empresa: en el quinto por el consejo escogen los medios propios para salir bien: en el sexto unen á Dios su entendimiento para ver y penetrar los rasgos de su bondad infinita: en el séptimo unen á Dios su voluntad para saborear y expresar las dulzuras de su bondad incomprendible, porque en lo mas alto de esta escala, inclinándose Dios hácia nosotros, nos da el ósculo de paz.

Pero si habiendo disfrutado deliciosamente estos amorosos favores quieren volver á la tierra para atraer el prójimo á la misma felicidad, del primero y mas alto escalón en que llenaron su voluntad de un zelo ar-

(1) Genes. XXVIII, 12.

dentísimo y perfumaron su alma con los perfumes de la suma caridad de Dios, bajan al segundo escalón, donde su entendimiento toma una claridad admirable y se abastece de los pensamientos y máximas mas excelentes para gloria de la belleza y bondad divinas. De allí vienen al tercero, donde por el don de consejo escogen los medios para inspirar al prójimo la afición y estima de la divina suavidad. En el cuarto se alientan y fortalecen recibiendo una santa fortaleza para superar las dificultades de este ministerio. En el quinto empiezan á predicar por el don de ciencia, exhortando á las almas á ir en pos de la virtud y huir el vicio. En el sexto procuran imprimir en ellas la santa piedad para que los hombres, reconociendo á Dios por padre amabilísimo, le obedezcan con un temor filial. Y en la última grada ó escalón los estrechan para que teman los juicios de Dios, con el fin de que mezclando los hombres este temor de condenarse con el respeto filial, dejen con mas anhelo la tierra para subir al cielo. Oid una palabra sobre este temor de Dios.

Ved cómo una señora hace con seda de diferentes colores un bordado en raso blanco que realza con adornos de oro y plata. Esta obra se hace con una aguja metiéndola donde quiera que ha de hacer pasar la seda, el oro y la plata; sin embargo no entra la aguja en el raso para quedarse allí, sino solamente para introducir aquellos materiales, y á medida que entran estos en el raso, se saca la aguja. Así la divina bondad, queriendo introducir gran diversidad de virtudes en el alma humana y realzarlas con su amor sagrado, se sirve de la aguja del temor servil y mercenario, que es la que de ordinario pica primeramente nuestros corazones; pero por eso no queda allí; al contrario á medida que las virtudes toman posesion del alma, sale de ella

El temor de Dios introduce las otras virtudes.

